

Un pequeño café al bajar la calle

Escribe: HUGO RUIZ ROJAS

— I —

El tren acabó de detenerse y Carlos tomó de sobre la banca su vieja maleta de cuero. Llevando en la otra mano el saco, salió a la plataforma y descendió al alto andén de cemento. La estación estaba desierta a aquella hora de la noche. Pocas personas bajaron allí y él las vio perderse a lo largo de las calles del pueblo, que empezaba detrás de la estación. Dejó la maleta sobre el andén y empezó a observar todo a su alrededor, tratando de formarse una idea del pueblo. Tras las ventanillas, los rostros de los pasajeros esperaban aburridos que el tren arrancara. Cuando, minutos después, pitó el tren, Carlos miró la locomotora y vio cómo esta y los vagones empezaron a ponerse en movimiento, formando una sucesión de ruidos entre sí, mientras el tren se iba alejando, primero lentamente, balanceándose, hasta que se perdió entre los árboles. Lejos, un hombre lo miraba pasar agitando una linterna de señales. En medio de la noche que empezaba, la linterna semejaba una enorme luciérnaga. Aún lo escuchó pitar en la distancia, cuando ya el hombre de la linterna regresaba con andar pausado por la carrilera. Entonces, mirando la alta pared de cal en la que se hallaba escrito en letras rojas cuadradas el nombre del pueblo, alzó la maleta y echó a andar. Experimentó una extraña sensación de abandono.

Tomó por una calle en que la hierba apenas sí dejaba un claro de tierra en el centro, y siguió este camino sin prisa, pensando en la dirección que debía averiguar. Un asno pastaba al final de la calle. Cuando él se acercó, el animal se orilló contra la cerca de guadua que bordeaba casi toda la cuadra. En la esquina vio una tienda y decidió preguntar allí. Tras el mostrador de madera había una mujer. Advirtió al entrar, en un rincón del pequeño local, la presencia de dos hombres que sentados ante una mesa conversaban separados por una botella de aguardiente. Se acercó al mostrador, sintiendo en su espalda la mirada de los dos hombres y en su rostro la inquisidora de la mujer. Dijo:

—Señora, ¿puede decirme dónde queda la casa de Manuel Clavijo?

La mujer dejó de mirarlo para quedarse pensativa. El no sabía cómo portarse durante la espera y miró a la calle, exactamente en el momento

en que el asno cruzaba frente a la tienda. Se dio cuenta de que también los hombres pensaban ahora en su pregunta, y se sintió incómodo. “¿De Manuel Clavijo?”, musitó la mujer, como para sí misma, y esto lo hizo mirarla. Entonces, de repente, la mujer abrió de un golpe la pequeña puerta de batiente y salió casi corriendo a la calle, seguida por las miradas de los hombres y los pasos de Carlos. En el umbral la mujer, señalando con el brazo extendido, dijo:

—Coja aquí derecho unas cinco cuadras y doble después a la izquierda. En la otra esquina, a mano derecha, una casa pequeña de cemento. Por ahí le dan razón.

Por las calles desprovistas de luz, con una débil luna y la poca iluminación que se escapaba de algunas casas, caminaba mirando todo a su paso con atención. Había estado de niño allí, pero nada le resultaba familiar. El pueblo parecía deshabitado. Solo de vez en cuando pasaba una persona por su lado, mirándolo con disimulada curiosidad. “Este pueblo debe ser aburridor”, pensó, “pero ya no había forma de continuar allá”. La figura de su madre, recostada contra el marco de la puerta, llorando, apareció en su mente en forma clara y precisa. “Tal vez he debido quedarme, tal vez no he debido darle tanta importancia”, sintiendo una ligera nostalgia de sus compañeros de colegio y el silencio acogedor de su casa. Pero ya estaba hecho y sabía que ahora era imposible volver. Recordó, de igual forma a como lo hiciera a lo largo del viaje, con cierto detenimiento y sin embargo vaga apreciación de los hechos, los días que errara por las calles de la ciudad, tomando solo en ocasiones un vaso de leche con pan o, más raramente aún, un pobre almuerzo con el poco dinero que su hermano le conseguía. Y las noches frías y solas en que durmió en los cafés y parques. Así hasta la mañana en que volvió a su casa, por petición de su madre, quien le facilitó el dinero necesario para el viaje. No quiso siquiera esperar al día siguiente, sino que arregló la vieja maleta del desván y tomó ese mismo día el tren, para llegar de noche a un pueblo solitario. Contaba las cuadras al llegar a cada esquina, y en la quinta dobló a la izquierda, como se le indicara. Una quebrada bajaba en su misma dirección, y los grillos y ranas se hacían oír, aumentando la pesada soledad que llenaba las calles. Recordó la palabra que pronunciara su madre esa noche, la que lo hizo decidirse a abrir lentamente la puerta, viéndose a cada acto que ejecutaba, y salir al frío de la ciudad, mientras su madre, llorando, ahora en silencio, como arrepentida, lo miraba acabar de salir.

Al doblar la esquina se encontró con una calle ancha y llena de verbajos. La quebrada continuaba bajando y Carlos la cruzó pasando sobre las piedras que habían colocado allí a manera de puente. Un potrero se extendía hasta más allá de la mitad de la cuadra. Carlos miraba la calle, con sus casas de ladrillo, cemento y madera dispersas a todo lo largo, con los altos andenes y la hierba en todas partes, lleno de asombro. No podría creer que su padre pudiera vivir allí. Repasó el camino recorrido por ver si se había equivocado, deseando haberlo hecho, pero comprobó que no. Avanzó algunos pasos, mirando todo con alarmante curiosidad, aún no convencido de que fuera aquella la calle y una de aquellas casas, todas pequeñas y pobres, la habitada por su padre. Sin embargo,

la certeza de que era allí donde le tocaría vivir, de que la mujer de la tienda no se había equivocado, —“En un pueblo todo el mundo conoce a todo el mundo”, pensó— iba cobrando fuerza. “Pero bueno, está Heriberto”, se dijo a manera de consuelo para lo que consideraba casi un lodazal. Continuó caminando por sobre la hierba. Se sentía cansado por el viaje: 7 horas en un tren, con el sol entrando toda la tarde por la ventanilla y con ese traje negro que aumentaba el calor. Ante la presunta proximidad de la casa quiso estar ya en ella, darse un baño, descansar. Pero se rebelaba ante el hecho de tener que vivir en tal lugar. “Además no tengo por qué pasarlo siempre ahí, puedo salir, conseguir amigos”. Alcanzó a divisar ahora la figura de una muchacha que se acomodaba en un asiento que había recostado contra la pared, y que seguramente acababa de salir a la calle, pues no la había visto antes. Se dirigió a ella para preguntarla. Cuando estuvo más cerca notó que la muchacha tenía el cabello sujeto por rulos y el rostro lleno de barro. La muchacha lo miró acercarse con curiosidad manifiesta y luego lo escuchó decir, con aire cansado y un tono de impaciencia en la voz:

—Señorita, ¿la casa de Manuel Clavijo? Me dijeron...

—Ahí en frente, interrumpió la muchacha señalando con la cabeza en dirección oblicua.

El se volvió para ver la casa. Una pequeña construcción de cemento. Al lado quedaba el potrero, lo que le confería cierta independencia. La ventana se hallaba cubierta a medias por un trapo y en el interior no había luz. Cuando se volvió hacia la muchacha comprendió que ella había estado mirándolo todo el tiempo. Se desconcertó un poco por esto.

—Gracias, dijo, sintiéndose ridículo con su traje negro, que le quedaba corto.

La muchacha asintió con una sonrisa y una leve inclinación de cabeza. El permaneció quieto aún, mirando a la muchacha, como si faltara algo todavía por hablar, y entonces se dio cuenta de que la mirada de ella tenía ahora un aire entre burlón y curioso. Ensayó una tímida despedida y cruzó la calle, sintiendo los ojos de la joven fijos en su cuerpo.

Golpeó repetidas veces y esperó. Sabía que la muchacha lo miraba desde el asiento y hubiera querido volverse a comprobarlo, pero no lo hacía por temor de que ella fuera a imaginarse algo que él no sabía con exactitud qué era, pero que intuía de un modo extraño. Golpeó otra vez, ante la demora, y al pensar de nuevo en la joven se fingió distraído, mirando cómo se prolongaban las calles en ambas direcciones. Cuando sintió el destrancar de la puerta, vio al abrirse esta, la figura de una mujer morena y bajita, en cinta de 8 meses, por lo menos, vestida con una levantadora que había sido blanca cuando nueva y que ahora tenía un color gris por el mugre. Imaginó que debía ser Marta, la amante de su padre, según le había contado su hermano. A pesar de esto preguntó:

—¿Es esta la casa de Manuel Clavijo?

La mujer lo miraba con una mezcla de extrañeza e interés.

—Sí, dijo. ¿Qué se le ofrece?

—Yo soy Carlos, su hijo. ¿El no está?

—No, dijo la mujer, cambiando su mirada por una torpe sonrisa cordial, mientras se corría a un lado de la puerta, para decir:

—Pero siga, siga.

Pasaron por un cuarto en donde pudo advertir, a pesar de la oscuridad, varios muebles de sala así como dos escritorios y un estante para libros. El sitio era estrecho y había que caminar por entre los diferentes muebles, que apenas si dejaban campo para una persona. En el siguiente cuarto la mujer fue a sentarse en una mecedora, a la luz de una lámpara de petróleo que colgaba de un clavo en la pared. Carlos dejó la maleta en el suelo y colocó el saco sobre el espaldar del asiento en que se sentó, uno de los varios que en torno a una mesa había. Sobre la mesa vio pocillos y platos sucios, con restos de comida aún. Encendió un cigarrillo.

—¿Qué tal el viaje?, —dijo la mujer.

—Regular no más —dijo Carlos.

La mujer empezó a mecerse empujando el mueble con sus pies descalzos. Tenía un aire vago, como si se ocupara en sueños asombrosamente rutinarios. Carlos la miraba con disimulo. Observaba también, a la débil luz de la lámpara, cada rincón de la casa y de todo lo que podía ver emanaba una suciedad imposible ya de quitar con nada. Se sintió desconsolado. Había esperado algo mejor.

—¿Bien todos en la casa? —preguntó la mujer.

—Sí, —dijo, pero su respuesta le pareció falsa.

La mujer volvió a perderse en sus sueños, siempre empujando la mecedora con los pies, meciendo su grueso vientre mientras una leve sonrisa le aclaraba el rostro. Era como si, cuando se dirigía a él, lo hiciera no porque se acordara de su presencia, sino más bien por aparecer esta en medio de sus divagaciones y entonces le hablara. Pero ahora la mujer permanecía en silencio y, al parecer, iba a durar así por algún tiempo. Carlos quería preguntarle algo, pero no se atrevía a interrumpirla, de modo que esperó varios minutos, durante los cuales continuó en su observación de la casa, fumando. Al final, como viera que ella no tenía la mejor intención de regresar de su viaje, que incluso parecía haberse olvidado por completo de él, dijo:

—¿Demorará mucho papá?

—Sin saberse —dijo la mujer—. Hace dos días que no viene, y lo dijo sin sobresaltarse, como si hubiera esperado la pregunta, aunque con un tono de rencor en la voz que Carlos no pasó por alto. La mujer agregó: “Tal vez, en la madrugada, llegue al café de la esquina”.

—¿Y Heriberto?

—Ese sí, si no está donde Ruth debe estar en cine. Ya no debe tardar.

Por el calado de la pared, y por la puerta que daba al patio, Carlos pudo recoger el olor a romero que le traía la noche. Se quedó mirando la

lámpara y sintió redoblar su cansancio. Detrás de la mujer había una puerta a medio abrir y en ángulo con esta otra totalmente cerrada. Carlos se preguntaba cuál sería la suya. Quería darse un baño de una vez, mientras llegaba su padre o Heriberto y salir a dar una vuelta por el pueblo con ellos, conocer el sitio donde ahora tenía que vivir. Pero la mujer había magnificado su aire remoto, mirando al techo por su posición en la mecedora. Hasta que al fin ella lo miró y dijo:

—Y Roberto, ¿qué tal?

—En la casa...

La mujer había dejado ahora de mecerse y permanecía sentada en la mecedora, pensativa pero ya no lejana. Carlos arrojó la colilla al suelo, tras haber buscado con la vista inútilmente un cenicero, y se levantó para decir:

—¿Dónde puedo cambiarme?

—Aquí —dijo la mujer, empujando la puerta a su derecha. Cuando él iba a entrar ella se levantó para alcanzar la lámpara, diciendo:

—Tome, lleve la lámpara, no hay luz.

Carlos tomó la lámpara y entró al cuarto, cerrando la puerta tras de sí. Se sentía molesto por aquella incomodidad, si bien lo había supuesto ya, por la lámpara, pero el confirmarlo lo había desalentado. Al fondo de la habitación vio dos camas, y en una de ellas, bajo el toldillo, el bulto formado por una persona que dormía. Se asombró al ver a alguien allí, recordando que ni Heriberto ni su padre estaban. Se aproximó con cuidado, dejando la maleta sobre la cama vacía y observó a la luz de la lámpara, que no acercó mucho por temor a despertarlo, el rostro del desconocido. Era un hombre de unos 40 años de edad, que apenas sí cabía en la cama debido a su alta estatura que parecía aumentar su delgadez. Tenía el rostro enjuto y sobre los labios corría un pequeño bigote, ya algo gris al igual que el cabello. “¿Quién será?”, pensó, volviendo a la cama y empezando a sacar la ropa de la valija. Se desnudó aprisa, arrojando la ropa sobre las sábanas, pero temiendo que el hombre pudiera despertar y verlo, se puso aprisa la bata. Escogió de una vez la ropa que iba a vestir y guardó la maleta bajo la cama, procurando siempre no hacer ruido. Mientras arreglaba en un gancho el traje que se había quitado sintió deseos de mirar por la ventana a ver si estaba todavía la muchacha, pero decidió dejarlo para después del baño, cuando se sintiera más fresco y menos cansado. Colgó el traje en un clavo que buscó y halló en la puerta y regresó otra vez a la cama para buscar las chancletas. Mientras las buscaba oyó que la mujer decía:

—Tampoco hay agua, la quitaron hace un mes, junto con la luz.

Carlos imaginó a la mujer meciéndose en la oscuridad con su aire perdido y sintió rabia. Indudablemente lo habría podido decir antes, y no ahora, como si adivinara lo que él hacía dentro de la pieza. La veía con su abultado vientre, empujando la mecedora con sus pies sucios y recordó los parches blancos que en el rostro y los brazos le había visto. “Tiene mal gusto mi papá”, pensó. Empezó a vestirse lentamente, con

un pantalón de dril caqui y una camisa blanca de corbata que arremangó. Cuando se calzaba miró al hombre que allí dormía y se preguntó de nuevo quién podía ser. Luego tomó la lámpara y salió al comedor, iluminando el rostro de la mujer, que se había vuelto a mirarlo al abrirse la puerta, y volvió a colocar la lámpara en el clavo donde antes se hallaba. Iba a sentarse otra vez, pero la mujer dijo, empezando a mecarse:

—Para bañarse la cara alcanza. Hay un poco de agua de hoy en la alberca. Sobre el tubo de la llave está la toalla.

En el patio, pasó bajo el alto árbol de mamoncillo que allí había y se dirigió hacia la alberca, que vio en un rincón, cerca a la tapia. Al fondo, entre los árboles, vio una caseta que reconoció como el baño. Por sobre la tapia, observó las calles del pueblo, solitarias en su oscuridad. Había un platón en la alberca y con él sacó la escasa agua que aún quedaba. Echaba agua sobre su rostro con placer, y un sudor mugriento descendía por este hasta llegar a los labios. Paladeaba aquel sabor con extraño deleite, y luego, asqueado, echaba una nueva andanada de agua que ahuyentaba el sabor. A lo lejos, varios perros ladraban, y sus ladridos parecían llenar el pueblo. Cuando consideró haber terminado, porque ya el sabor a sudor no llegaba a sus labios, se peinó al azar, escuchando los ladridos de un último perro, y fue a sentarse otra vez en el asiento del comedor. Marta continuaba meciéndose.

Encendió un cigarrillo y se dispuso a esperar. Se sentía mejor con el cambio de ropa y el agua que había echado sobre su rostro. Ahora quería salir, pensando en que tal vez los encontraría en algún lugar frecuentado del pueblo, que él se encargaría de hallar, pero no se animó. Pensó también en ir al café de la esquina, que había mencionado la mujer, aunque esto tampoco lo convenció. El aburrimiento lo iba llenando poco a poco. Había imaginado su primer noche en el pueblo como una noche de tragos, en algún lugar para él desconocido y pintoresco, en compañía de su padre y Heriberto. Durante el viaje no lo dudó un instante, especialmente por ser sábado. En cambio, solo tenía una espera vacía, con una mujer meciéndose sin cesar, pensando quién sabe que extrañas cosas —la miró— y que ahora empezaba a dormitar, mientras su aburrimiento continuaba creciendo. Dudaba entre quedarse allí o salir a buscarlos, de todas formas salir, pero pensaba que de pronto lo único que lograría era que Heriberto o su padre llegaran en su ausencia, de modo que aspiró fuertemente el cigarrillo y se resignó a esperar y a acostarse si acaso pasaba mucho tiempo sin que aparecieran.

* * *

Cuando Heriberto llegó, media hora después, Carlos continuaba fumando y conversaba ahora de cosas triviales con Marta. Sintieron los golpes en la puerta y la mujer fue a levantarse, pero Carlos dijo: “Espera, yo voy”, y se dirigió por entre los muebles a abrir. Quitó la pesada tranca y abrió. Heriberto lo miró primero con extrañeza, asombrado de su presencia, mientras una sonrisa se iba dibujando en su rostro y Carlos sonreía ante su risa. Luego Heriberto avanzó, sonriendo ahora más ampliamente, al tiempo que exclamaba:

—¡Hola, Carlos! —mientras le propinaba unos leves golpes en la espalda y Carlos, sonriendo también, cerraba la puerta, sin trancarla, para dirigirse con Heriberto al comedor.

—¿Hace mucho llegaste? —dijo Heriberto.

—No, no hace mucho —dijo Carlos— Te estaba esperando.

—Estaba en cine —respondió Heriberto— Es lo único que se puede hacer en este pueblo.

En el comedor, Carlos se sentó mientras Heriberto, que se había acercado a Marta, decía: “¿Como que ya casi es esto?”, dándole palmaditas en el vientre que ella, sonriendo, esquivaba con las manos.

—¿Salimos? —dijo Carlos.

—Sí, espera un momento —dijo Heriberto, y entró a la pieza para volver a los pocos minutos. Carlos se levantó entonces, pero Heriberto fue a sentarse, lo que lo desconcertó. Procuró ocultar su turbación y deseo de salir pronto.

—¿Y Roberto?

—Ahí, la misma vaina.

—Heriberto rio y Marta lo acompañó en la risa. También Carlos, entonces, optó por sonreír, aunque no sabía por qué lo hacía.

—Bebiendo trago —dijo Heriberto— ¿No?

—Sí.

Marta continuaba sonriendo, con una sonrisa infantil, sentada en la mecedora que ya no empujaba.

—No ha llegado Manuel, claro —dijo Heriberto dirigiéndose a Marta, y luego, ahora a Carlos— Anda perdido el viejo.

Permanecieron un momento en silencio, al cabo del cual Heriberto se levantó y dijo:

—Bueno, salgamos.

Se despidieron de la mujer y salieron a la oscuridad de la calle. Carlos miró a ver si la muchacha se encontraba aún allí, recordándola de pronto al ver la casa donde seguramente vivía. Comprobó que había olvidado mirar por la ventana, y como la muchacha no estaba ya allí, experimentó una sensación de frustración, que no llegó sin embargo a entorpecer su ánimo. Con la llegada de Heriberto se sentía plácido y caminaba a su lado por el ligero declive de la calle, sintiendo el fresco de la noche caer sobre él en forma reconfortante.

—¿Vienes de paso? —dijo Heriberto.

—No, del todo.

Heriberto se volvió a mirarlo.

—Tuve un disgusto con mamá, —explicó— Se enteró por la empleada que sacaba zapatos del almacén para vender a los amigos y llegó esa noche insultando y diciendo una cantidad de cosas. Tú sabes cómo es ella.

Heriberto permaneció en silencio. Carlos imaginó, conociéndolo, que él reprobaba su actitud. Pensó en contarle cuál había sido la causa principal por la cual tuvo que abandonar esa noche su casa, pero consideró que era mejor guardar silencio. Dijo:

—Además me aburría. Ya no podía continuar allá.

Pasaron bajo el árbol de mango que había en la esquina y cruzaron la calle. Heriberto dijo:

—Pero bueno, no importa; ya estás aquí.

En el café había unos hombres jugando billar y tres campesinos bebiendo. Se sentaron, y cuando la mujer vino a atenderlos, pidieron dos cervezas. En el *wurlitzer* sonaba una ranchera. Heriberto dijo:

—¿Cómo te pareció Marta?

—No se, es como rara...

—No, dijo Heriberto, es una buena mujer, y sonrió por la apreciación de Carlos.

La mesera, una mujer gorda y bajita, llegó con las cervezas. Cuando se retiró, Carlos dijo:

—¿Quién es el tipo que estaba dormido?

Había sentido deseos de preguntárselo a Marta, pero se abstuvo por considerar que ella podía interpretar mal su pregunta, aunque no se explicaba el por qué de este temor. Escuchó a Heriberto decir:

—Es el señor Vargas, ya lo conocerás.

Bebieron de sus cervezas, conversando animadamente de diferentes temas, y pidieron luego otras más, cuando en el *wurlitzer* sonaba un tango y uno de los campesinos marcaba varias grabaciones en la máquina. La mesera conversaba con el hombre que tras el mostrador despachaba los pedidos.

—Oye, ardillita —dijo Carlos— Y Ruth, ¿quién es?

—La novia. Es por pasar el rato. Mañana o el lunes te la presento. Bebieron.

—¿Y qué piensas hacer aquí? —preguntó Heriberto.

—No se, pero ahí se hará algo.

—Deberías estudiar; puedes seguir tus estudios, o si no trabajar. Tu papá te puede levantar un puesto. El mío me lo levantó él.

—No se, después pensaré en eso —algo molesto por las palabras de Heriberto. No quería saber nada de estudio ni trabajo por el momento, ni siquiera había pensado al venirse que tuviera que preocuparse de ello. Para eso estaba allí su padre. Pero Heriberto dijo:

—Es la única manera de no aburrirse demasiado.

—Y en la casa, ¿qué tal el ambiente?

—Malo. Tu papá es muy irresponsable. Esa pobre mujer, con las niñas...

—¿Hay más hijos, fuera de lo que viene?

—Hay dos, y hacen por cuatro.

—Bueno, pero se puede salir, estar en otras partes, ¿no?

—Claro, es lo que yo hago. Y te puedo presentar amigos.

Cuando la mesera llegó con más cerveza, en el *wurlitzer* sonaba la misma ranchera que al principio. Carlos se sentía ahora alegre, pensando en que podría organizar su vida de una manera adecuada, si bien no sabía qué era lo que se proponía y a qué cosa aplicaría un determinado método. El intuir esto lo confundió un momento, pero bebió de su cerveza y pensó que todo se arreglaría.

Bebieron hasta tarde, escuchando las canciones que sonaban en el *wurlitzer*, viendo a los hombres jugar billar desde su mesa, conversando de diversas cosas, en especial recordando los momentos que habían pasado en otras ocasiones y en otros lugares juntos; las aventuras. Así hasta que la mesera llegó a cobrarles porque iban ya a cerrar y entonces Heriberto pagó y se dirigieron a la casa.

Tras algunos minutos, Marta les abrió y les pidió, asomando el rostro por la puerta semiabierta, que esperaran un momento. Cuando entraron, dejando pasar unos segundos, alcanzaron a verla cruzar el comedor en su levantadora blanca, con el cabello suelto, que le llegaba casi hasta la cintura. Desde su pieza ella respondió la pregunta de Heriberto diciendo que Manuel aún no había llegado. Entraron a la pieza y se acostaron en seguida, tras colocar el toldillo de una manera perezosa, mientras continuaban conversando en voz baja, para no despertar al señor Vargas. “Mañana vamos al río”, dijo Heriberto. Sí, dijo Carlos, y al momento se dio cuenta de que Heriberto dormía ya. Trató de pensar, de encontrar una fórmula que le indicara una manera de vivir en aquel nuevo ambiente, pero el sueño le venció también y se quedó dormido.

Carlos despertó al sentir que se le sacudía por los hombros. Abrió los ojos y vio a su padre, sentado en la cama, mirándolo fijamente. El sueño le cerraba los párpados. Comprendió, de manera vaga, que era su padre quien estaba allí, y pensó en que algo le iba a decir, por su mirada. Pero solo tenía deseos de continuar durmiendo. A su lado, Heriberto dormía profundamente, y escuchó también la respiración pesada del señor Vargas en la otra cama. Era evidente que su padre trataba de

adoptar una actitud grave para ocultar su embriaguez. Trató de incorporarse en la cama, lo que realizó apenas a medias. Escuchó a su padre decir: "¿Por qué te viniste?". El solo tenía desos de continuar durmiendo, de ahí que respondiera de inmediato, con plena conciencia, para salir de ello de una vez, aunque al decirlo, mientras veía otra vez a su madre llorando en el marco de la puerta, sus palabras le sonaron ridículas. Dijo: "Porque mi mamá me mentó la madre", y entonces su padre contestó, con un tono seco en la voz: "Eso no es cierto". "Sí lo es", dijo él, ya un poco más despierto. Su padre pareció quedarse pensativo, aunque la embriaguez no desaparecía del todo de su rostro. Luego dijo: "Está bien. Aquí no te va a faltar nada, pero a Marta me la respetas", y entonces le revolvió a modo de caricia el cabello y salió de la pieza, tambaleándose.

Carlos pensó entonces en su madre y sus hermanos, y recordó la vida que llevaba en la casa y en el colegio, y vio también la noche en que salió a la ciudad para pasar tres días con sus noches vagando, y lo que había podido observar en las calles y los cafés durante esos días, y lo que ahora se presentaba ante él, algo que le parecía halagüeño, pero de lo cual empezaba a desconfiar tímidamente. Pensó en que también su viaje había sido una farsa, un convencionalismo más, pues en el fondo no le había importado tanto. Pero no estaba ahora como para lamentarse por ello. El sueño le volvió de nuevo y se quedó dormido.